

El Reverendo Padre Bonaventura Ubach, peregrino en Tierra Santa: el monje y su obra

Carmen Valdés Pereiro

Arbor CLXXX, 711-712 (Marzo-Abril 2005), 893-911 pp.

Se estudia aquí la figura de un religioso benedictino del Monasterio de Montserrat, el padre Bonaventura Ubach, que dedicó gran parte de su vida al estudio de la Biblia. Para conocer mejor el libro sagrado realizó numerosos viajes por Tierra Santa y Mesopotamia durante los primeros decenios del siglo XX. La documentación recogida durante sus viajes le permitiría realizar dos de sus más importantes obras: la ilustración de la Biblia de Montserrat y la creación del Museo Bíblico.

1. Introducción

Unos 50 km al noroeste de la ciudad de Barcelona se encuentra el monasterio benedictino de Nuestra Señora de Montserrat, un importante centro religioso y cultural, cuya virgen es la patrona de Cataluña. Sus albores se remontan a comienzos del siglo IX, cuando los pastores hallaran la pequeña talla de la virgen románica. La humilde capilla en la que fue colocada fue transformada en monasterio a comienzos del s. XI bajo los auspicios del abad Oliba. Desde entonces la vida del Monasterio ha seguido el devenir y los avatares de nuestra historia. El primer misionero que Colón llevó a América fue un ermitaño de Montserrat. Poco después funcionó en el monasterio la primera imprenta, y un siglo más tarde Ignacio de Loyola ofrece su espada de caballero a la

Virgen y se reviste con el saco del peregrino. A lo largo de toda su trayectoria sólo en dos épocas oscuras el monasterio es abandonado, a su pesar, por los monjes: la invasión de Napoleón y la Guerra Civil. El peregrinaje virtual entra en la vida monástica cuando en 1999 se crea su página web.

Precisamente una de las obras que comenzaron a realizarse en la restauración tras las guerras napoleónicas fue la creación de un museo. Si entramos en su página web, en el espacio dedicado a la Arqueología del Oriente Bíblico, la sección se presenta con el siguiente texto: «Mesopotamia, Egipto, Chipre y Tierra Santa. Objetos representativos de estas culturas reunidos por el P. Ubach, monje de Montserrat, que permiten profundizar en el estudio y el conocimiento de la Biblia. Destacan las tablillas cuneiformes en lenguas acadia, hitita y sumeria del 3.400 al 600 a. C; El conjunto de piezas funerarias egipcias, entre las que destaca una momia, y las cerámicas palestinas del 4.000 a. C.» Generaciones de estudiosos han pasado por el museo, siendo para muchos de ellos los primeros materiales del Próximo Oriente Antiguo con los que tenían contacto directo. No por casualidad Miguel Civil, uno de los mayores especialistas en sumerio, fue monje de Montserrat.

La realización de lo que se llamó en principio el «Museo Bíblico» fue fruto del trabajo y la dedicación de un hombre, el padre Bonaventura Ubach, principal exponente de la reiniciación de los Estudios Bíblicos entre la Comunidad Benedictina de Montserrat. De su entusiasmo bíblico surgieron sus dos grandes obras, el Museo y el proyecto de realización de la Biblia de Montserrat, la primera traducida del original al catalán, comentada e ilustrada¹. Desde sus comienzos tuvo Ubach muy claro su deseo de visitar las tierras de la Biblia, con el propósito de conocerlas y documentarlas. Sus frecuentes viajes por el Próximo Oriente en la primera mitad del s. XX, le convirtieron en un auténtico exponente del peregrino en Tierra Santa.

Ventura Ubach (1879-1960) nació en Barcelona en el seno de una familia religiosa, siendo también monjes 5 de sus hermanos, y entrando él a formar parte de la congregación benedictina de Montserrat a los 14 años. Cuando finalmente es ordenado en 1902, una de las primeras tareas que se le encomiendan es la de profesor de la Biblia, y ella será la base sobre la que girará su existencia. Y la querrá conocer de primera mano, caminando por las mismas piedras y bajo el mismo sol que los hijos de Israel².

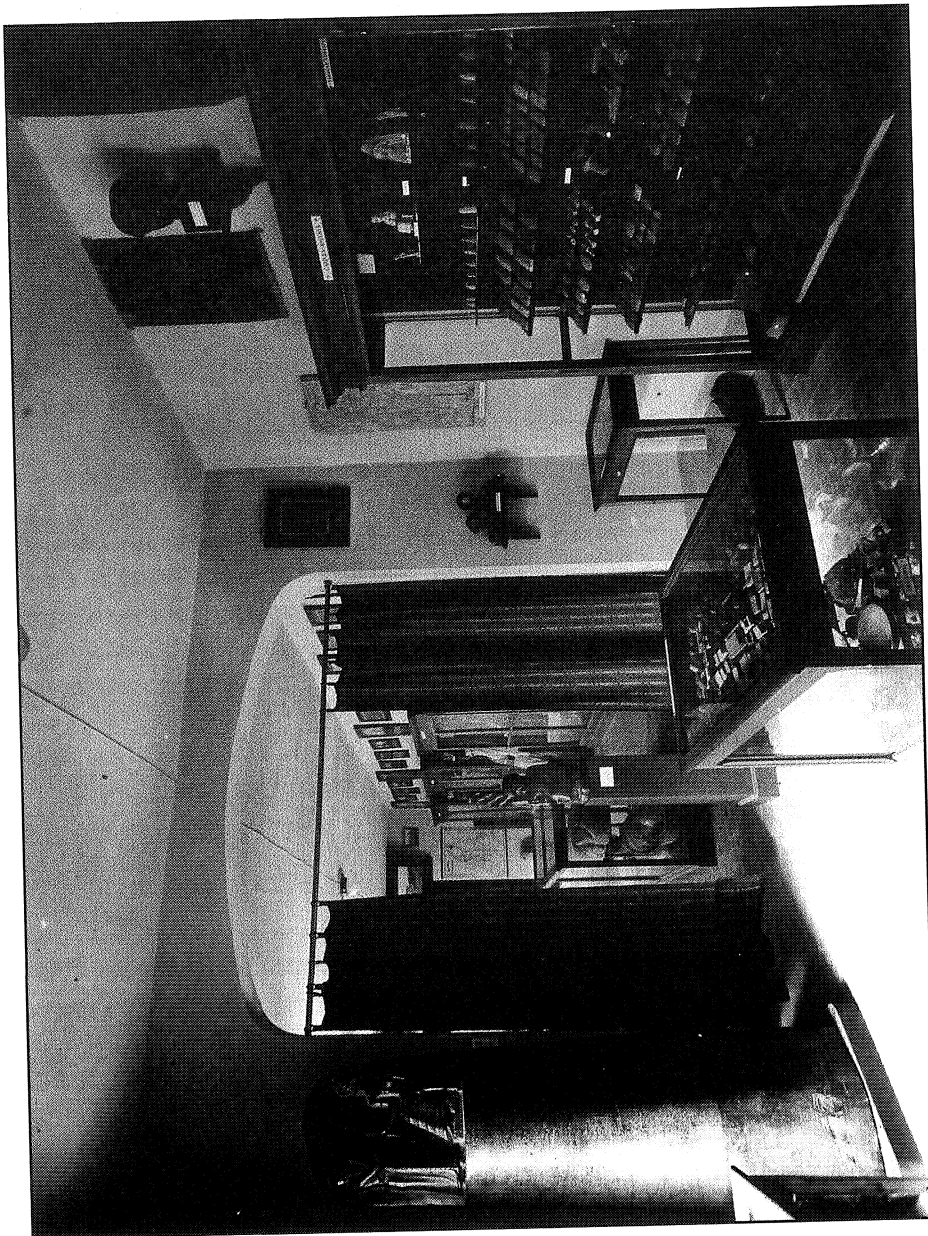


FIGURA 1. El antiguo Museo Bíblico

2. Primera estancia: 1906-1910

El joven padre encuentra su gran oportunidad, cuando consigue ser enviado como profesor al monasterio de los Santos Benedicto y Efrem, fundado hacía poco en Jerusalén. Era un joven priorato dependiente de la provincia francesa benedictina, la misma congregación que Montserrat, y necesitaba profesores para la formación del clergado sirio. Llega a Jerusalén en Agosto de 1906, y se aloja en el monasterio, que será su residencia también en las futuras visitas que realice a la ciudad.

Esta primera estancia dura cuatro años, dedicados al estudio y conocimiento del país, su historia, su tradición y sus gentes. En lo que se refiere a las lenguas, su propósito es llegar a conocer bien el árabe, el griego, el siríaco y el hebreo, aunque él mismo confiese que solo tiene tiempo de estudiar en profundidad el árabe y la geografía y arqueología de Palestina.

Fue precisamente el estudio del árabe lo que da inicio a la gran relación que tuvo el P. Ubach con l'École Biblique de San Esteban, de los Padres Dominicos de Jerusalén. Esta era una escuela dedicada a estudios teológicos y escriturísticos, dirigida por el padre Lagrange. Aquí es donde el joven padre benedictino aprende árabe y, aunque al principio le choque la avanzada teología de l'École, al poco tiempo se siente atraído y acaba siendo un entusiasta. Se convierte en un admirador ferviente del padre Lagrange, denominándole como «líder indiscutible de los progresos de la exégesis³». Se ha llegado a decir que si se puede hablar de Escuela Bíblica de Montserrat, ésta es hija de l'École Biblique de Jerusalén.

De esa época se remontan muchos proyectos y planes, como la obra de realizar la traducción de la Biblia en catalán en dos formas, una manual y con las notas indispensables, y la otra con comentarios. El otro principal objetivo que se propone el P. Ubach en su estancia en Palestina será el «conocimiento experimental del país bíblico, y para ello recorrer en todas direcciones, cuanto más veces y cuanto más extensión mejor, las regiones relacionadas con la Biblia⁴».

Durante esos cuatro años de su primera estancia en Palestina comienza ya sus excursiones y visitas. Primero adquiere un conocimiento de la arqueología e historia de la Ciudad Santa, en las salidas de estudio con la École Biblique. A estas visitas le lleva tanto la devoción como la atracción científica.

Una fuente de conocimientos con la que complementa sus salidas son los contactos y relaciones con la comunidad judía, especialmente rabinos e hijos de rabinos. Otras veces el padre Ubach ejerce de acompañante y

guía de los peregrinos que llegan a Jerusalén. Pero los viajes que le resultan más provechosos son los que hace por su cuenta, de largo recorrido y con libertad de acción.

A primeros de febrero de 1907, en una visita al wadi Fara y al wadi Sueinit, comienza la futura colección de Flora de Palestina realizando una amplia recolección de plantas. A mediados de Abril, en una excursión de todo un día a San Teotista, reúne otra colección con ejemplares propios de las regiones del Jordán y de Jericó. De hecho en sus salidas siempre llevará encima la caja de herborizar. Ya por entonces plantas e insectos son cuidadosamente empaquetados para su traslado a Montserrat.

En el verano de 1907 hace una primera salida al Bajo Egipto, que dura unos quince días. Visita el museo del Cairo, las pirámides, la ciudadela, la iglesia copta, las numerosas mezquitas y los sepulcros de los mamelucos. Entre otros recorre los lugares de Memfis, Saqqara y Alejandría.

El Líbano lo recorre durante una estancia de cuatro meses en el verano de 1908. En su viaje de vuelta a Jerusalén aprovecha para conocer la Transjordania, visitando Petra y algunos lugares de la Idumea, durante 26 días de viaje. En otro de sus trayectos de Jerusalén al Líbano pasa por Samaria y Galilea, y parte de la antigua Fenicia. El año 1908 acaba para el padre Ubach con una excursión a los alrededores del Mar Muerto, con la caravana de la escuela de los Dominicos. Otra salida de diez días, durante la primavera de 1909, va dirigida a estudiar las regiones de Judea, al sur de Jerusalén, región que aún le faltaba para completar sus idas y venidas por toda Palestina. Algunas de sus paradas fueron Ein Geddi, Hebrón, Betsames, Amuas, o Aialon.

3. El Sinaí

El viaje que mejor conocemos, gracias al libro que posteriormente publicará, fue el que realizó a la península del Sinaí⁵. Comenzó el 2 de Abril de 1910 y duró 35 días. Lo emprendió con el objeto de aclarar uno de los puntos para él más interesantes de la historia bíblica: la narración del Éxodo, el camino que desde la salida de Egipto hicieron los israelitas hacia el Sinaí, y de allí hacia la tierra prometida.

Era su proyecto final antes de volver a Montserrat, y se había propuesto hacerlo solo. Consiguio algo de dinero, decidiéndose a hacerlo simplemente en dromedario, como lo hicieron los hijos de Israel, parándose

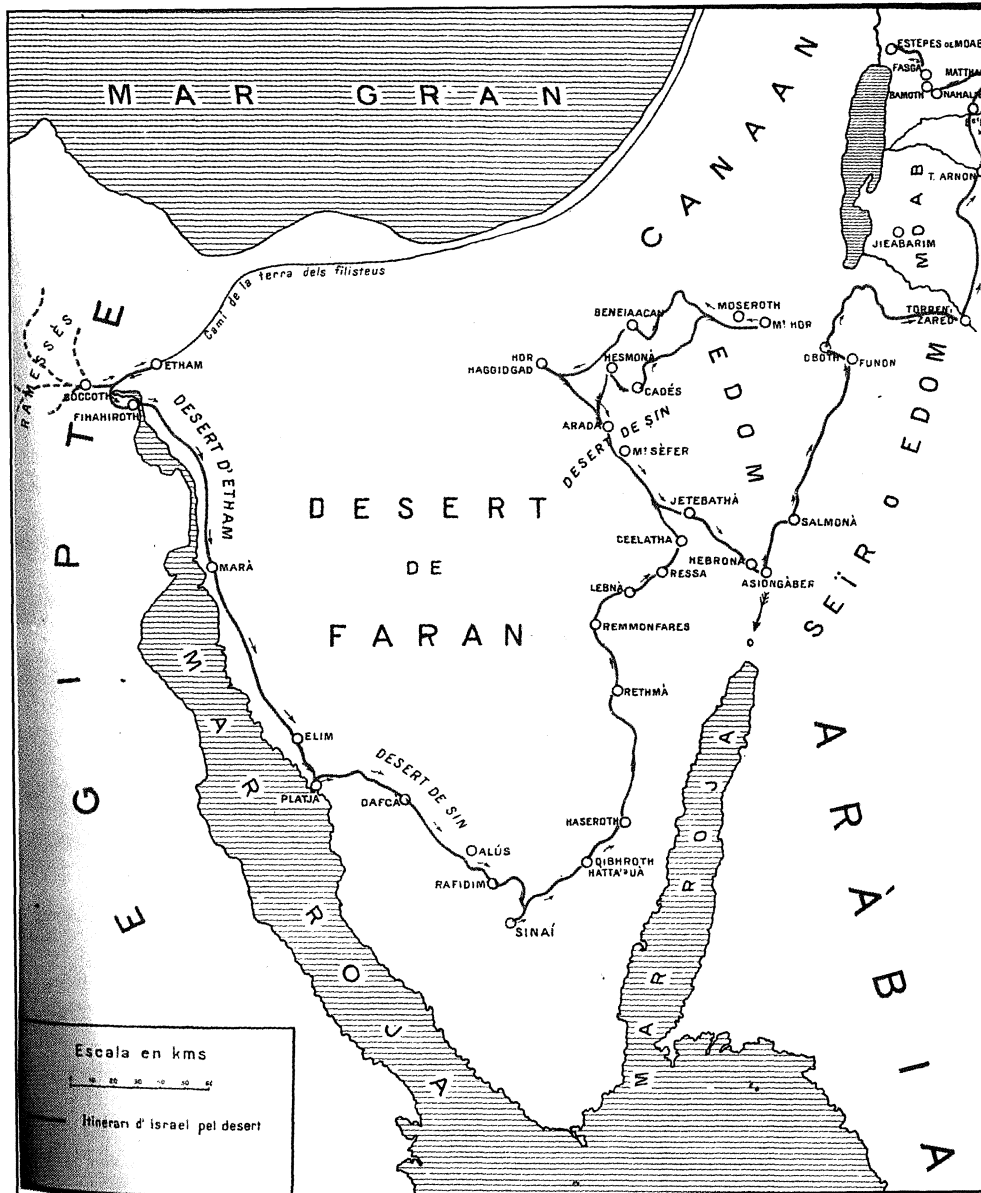


FIGURA 2. Mapa titulado «Itinerario de Israel por el desierto», donde dibuja los posibles itinerarios del Éxodo

en cada una de las localidades donde ellos lo hicieron, hasta llegar a la montaña santa. En vez de volver por el mismo camino seguiría hacia el desierto, a través de la Idumea, por Funon y las regiones del Moab y Ammon, llegando hasta la frontera de la tierra de Canaan, tal como hizo Moisés y su pueblo.

Cuando estaba acabando los preparativos se le presentó un monje belga, estudiante como él en la École Biblique, que le suplicó que le dejara acompañar en su viaje. El padre Ubach accedió a su compañía con la condición de que no alterara nada del viaje que ya tenía planeado. Les despidieron los padres dominicos de la École, que no las tenían todas consigo de que dos estudiantes solos en el Sinaí pudieran volver con vida.

Viajan primero a Egipto, y en el Cairo comienza el viaje con tres camellos y tres beduinos. El padre Ubach esboza en su mapa el lugar por donde los judíos debían haber pasado el Mar Rojo perseguidos por el faraón. Hacen la travesía en una frágil embarcación. Cuando llegan al otro lado comienzan las estaciones del Éxodo. Haciendo como las otras caravanas que van al Sinaí, su primera parada fue en el oasis que lleva el nombre de «fuente de Moisés» (Ayn Mussa).

El padre Ubach nos cuenta cómo viajaba en la silla del camello:

«a la derecha tengo el breviario, el termómetro, la caja de botanizar; a la izquierda tengo al alcance de la mano las guías, libros de consulta, mapas, papeles y cartera de anotaciones, talmente como si me hubiese sentado sobre la mesa de mi escritorio...puedo leer, observar, meditar, sacar fotografías e incluso hacer una siesta...»⁶

Van dejando el desierto y se adentran en la región montañosa. Pasan por el wadi Mukatteb (el valle escrito) con sus 4000 inscripciones nabateas, por el wadi Feirân, que les lleva al imponente monte rosado de Gebel Serbâl, y finalmente al gran oasis de Feirân.

Tras 15 días de viaje, el 17 de abril entran en el desierto del Sinaí y llegan por fin al objetivo de su viaje, al Djebel Mûssa, el monte Sinaí. Allí se instalan en el monasterio de Santa Catalina, donde son recibidos a la usanza griega y se les da una celda. Se están tres días y medio, visitando el monasterio y subiendo a la montaña santa.

Partiendo con nuevos camellos y nuevos beduinos se dirigen hasta la costa, y de allí hasta 'Áqaba, donde son bien recibidos por el gobernador turco. A través de Ma'an pasan dos días en Petra, donde «la imaginación más altamente creadora se siente altamente sorprendida al entrar dentro de esta titánica manifestación del arte y de la naturaleza⁷». Entonces hacen uno de los tramos más difíciles del viaje, Khirbet Fenân, el Funon de la Biblia, donde acamparon los hijos de Israel en su paso hacia la tierra de Canaan.

Desde Funon la ruta irá bordeando los últimos contrafuertes de las montañas que guardan el Mar Muerto. Ya están en el país de Moab, donde visitan el monte Nebó. El resto ya era conocido por el padre Ubach de otras excursiones, y el día 8 de Mayo entraban en Jerusalén.

Aun aprovecha una semana del mes de julio de 1910 para conocer la alta Siria. Las localidades estudiadas son Baalbeck, Homs y su lago, Hama y el río Orontes, Alepo y Antioquía, donde visita los pocos recuerdos cristianos. Desde Alejandreta emprende el retorno hacia Europa, en un viaje lento vía Turquía, aprovechando para proseguir su estudio bíblico por Asia Menor, Grecia y Creta, siguiendo los viajes de San Pablo y las iglesias del Apocalipsis.

Cuando vuelve de este primer viaje a Oriente comienza la realización de dos de los grandes proyectos que tenía en mente: la realización de un libro de viajes y la creación de aquello que, con el tiempo, llegaría a ser el Museo Bíblico de Montserrat.

Para el libro de viajes, de las numerosas notas que ha tomado elige las que cree más interesantes, las del viaje al Sinaí. Ya corrían por aquel tiempo algunas biografías de viajes a Palestina, por lo que le pareció mejor relatar su viaje por un lugar tan poco visitado pero tan importante para el mundo bíblico. El viaje y las notas servirán también como material para un estudio de topografía bíblica.

Cuando el padre Ubach volvió a Montserrat en 1910, el padre Josep Deàs, abad por aquel entonces, al ver las cajas con los materiales ya demostró interés para que aquellos se exhibieran «aunque no fuera más que para la instrucción de nuestros monjes⁸». Para esta finalidad se dedicó por tanto una sala de la alberguería interior, donde pronto fueron colocados los objetos. En el centro se colocaron los más voluminosos: la maqueta del Santo Sepulcro, el relieve de Jerusalén, la hiena, el írax, junto con mapas, los ejemplares de flora bíblica, etc. En armarios se colocaron las pequeñas colecciones: cerámica, insectos, peces, dos tablillas cuneiformes, y un fragmento de rollo del Pentateuco.

Con estos pocos objetos el Museo Bíblico fue inaugurado el 27 de abril de 1911, entre los actos de las celebraciones dedicadas a la Virgen de Montserrat.

A finales del verano de 1913 el padre Ubach fue llamado al colegio benedictino de San Anselmo de Roma para dar clases de lenguas orientales, y al poco tiempo comenzó la I Guerra Mundial. Permaneció en Roma durante toda la guerra, hasta 1922. A pesar de todo siguió ocupándose de intentar aumentar el museo, tanto por su cuenta, como cuando visita El Louvre para adquirir reproducciones de piezas famo-

sas, como haciendo que otros le envíen insectos o animales para completar las colecciones.

4. Por el Éufrates y el Tigris

A finales de mayo de 1922 el abad Rafael Molitor propondrá al abad de Montserrat la compra del museo que los benedictinos tienen en su monasterio de la Dormición en Jerusalén. El padre Ubach propone ir él mismo a Jerusalén y hacer la selección. Finalmente la colección de la Dormición no fue comprada, pero la visita le resultó igualmente fructífera al padre Ubach, y el mes de octubre de 1923 volvía de un viaje a Iraq con 14 cajas llenas de materiales para el Museo. Monedas, un talento, objetos culturales prehistóricos, más de 400 tablillas cuneiformes, 80 sellos cilíndricos babilónicos, y ladrillos con escritura cuneiforme del templo de Nabucodonosor.

En el prólogo de su «Diario de un viaje por las regiones del Iraq», el propio padre Ubach nos comenta cuales habían sido los objetivos de este viaje:

«Durante los cuatro años de mi estancia en Oriente, desde 1906 a 1910, los estudios bíblicos me proporcionaron la oportunidad de recorrer Palestina y la península del Sinaí; Asia Menor, Tesalia y Grecia, y una buena parte de Egipto. Al final de este cuatrienio había visitado los países del Éxodo, de Josué y de los Jueces; de los Reyes, los Profetas, y de los Macabeos; las tierras de Jesús y de San Pablo. Para completar el círculo de los peregrinajes escriturísticos no me faltaba más que llegar al teatro de las primeras civilizaciones de la humanidad, contemplar el cuadro de los once primeros capítulos del Génesis, los monumentos que estos últimos años han venido a confirmar la realidad de los hechos narrados en las primeras páginas de las divinas escrituras⁹».

Fue una estancia de un año y medio, aprovechada ya totalmente desde el punto de vista del biblista. No es muy conocido este viaje, pero durante los últimos años de su vida el P. Ubach reunió todo el material que tenía, correspondencia, recuerdos, apuntes y fotografías de aquel tiempo, en unas hojas que forman el Dietario. Este no ha sido aún publicado, pero tenemos un resumen en la biografía del P. Díaz.

El viaje se inició en el puerto de Brindisi el 2 de junio de 1922. Una parada de dos días en Egipto le proporciona la oportunidad de comprar objetos del museo de El Cairo y comenzar con ello la sección egiptológica del Museo Bíblico. El día 7 de julio llega a Jerusalén. Solucionada rápidamente la cuestión de los objetos del museo de la Dormición (que no adquiere), se despide de Jerusalén y parte hacia Nazaret, y de aquí hacia Haifa y Beirut.

Entonces fija su residencia durante mes y medio en Kariatain, una pequeña y solitaria población de unos 2.500 habitantes al suroeste de Palmira, en el desierto sirio, con el propósito de realizar sus prácticas del rito siríaco de la forma más tradicional posible. La mayoría del tiempo la dedica a la reclusión y al estudio de la liturgia siríaca, pero hace también algunas salidas, p.e. durante las fiestas locales, conociendo el folclore del lugar, y naturalmente encontrando los correspondientes paralelos bíblicos.

Uno de estos encuentros estuvo apunto de costarle la vida. Así nos cuenta:

«...había salido unas horas del pueblo para airearme, y me encuentro una media docena de beduinos que estaban ensayando fantasías y carreras montando yeguas de pura sangre. Era la gran explanada que se extiende en los alrededores del antiguo convento de Mar Elian. Después de un rato de conversación pronto simpatizamos. Esto me dio valor para pedirles:

- ¿Por qué no podría montar yo una de esas yeguas?
- Tu mismo, me respondieron.

No me lo hice repetir dos veces. Pronto estaba acariciando el pecho, el cuello y la grupa de un ejemplar magnífico; negro de color, ojos flameantes, cuerpo de una gracilidad sorprendente. Se hubiera dicho que era un ejemplar maravilloso acabado de salir de las manos del Creador. Yo que salto encima; y, ahora al paso, ahora al trote, aquello era una delicia. De repente, sin embargo, notando un golpecito de estreñimiento en el vientre, emprendió el galope con una furia tal que ya no me fue posible dominarla. Corría desbocadamente cuando he aquí que, de repente, se rompe el estribo de mi pie izquierdo, y sin haber tenido tiempo de desprenderme del estribo del pie derecho, al momento caigo a tierra, manteniendo la pierna derecha al aire. ¡Oh, hecho verdaderamente admirable! El animal, al darse cuenta de que yo caía, se paró instantáneamente. Prueba esta, me dijeron después los árabes, de que la yegua era de pura sangre...».¹⁰

Una vez seguro de conocer bien el rito siríaco abandona el pueblo y marcha hacia Alepo, donde se aloja en la residencia de monseñor Tappuni, entonces arzobispo de la diócesis de rito antioqueno. El padre Ubach celebra su primera misa siríaca en la catedral de Alepo el día 21 de Septiembre de 1922.

Después parte lo más rápidamente posible hacia Bagdad para unirse al clergado de la catedral siria de Bagdad. Esta ciudad será la base de su estancia, desde donde realizará sus viajes y excursiones.

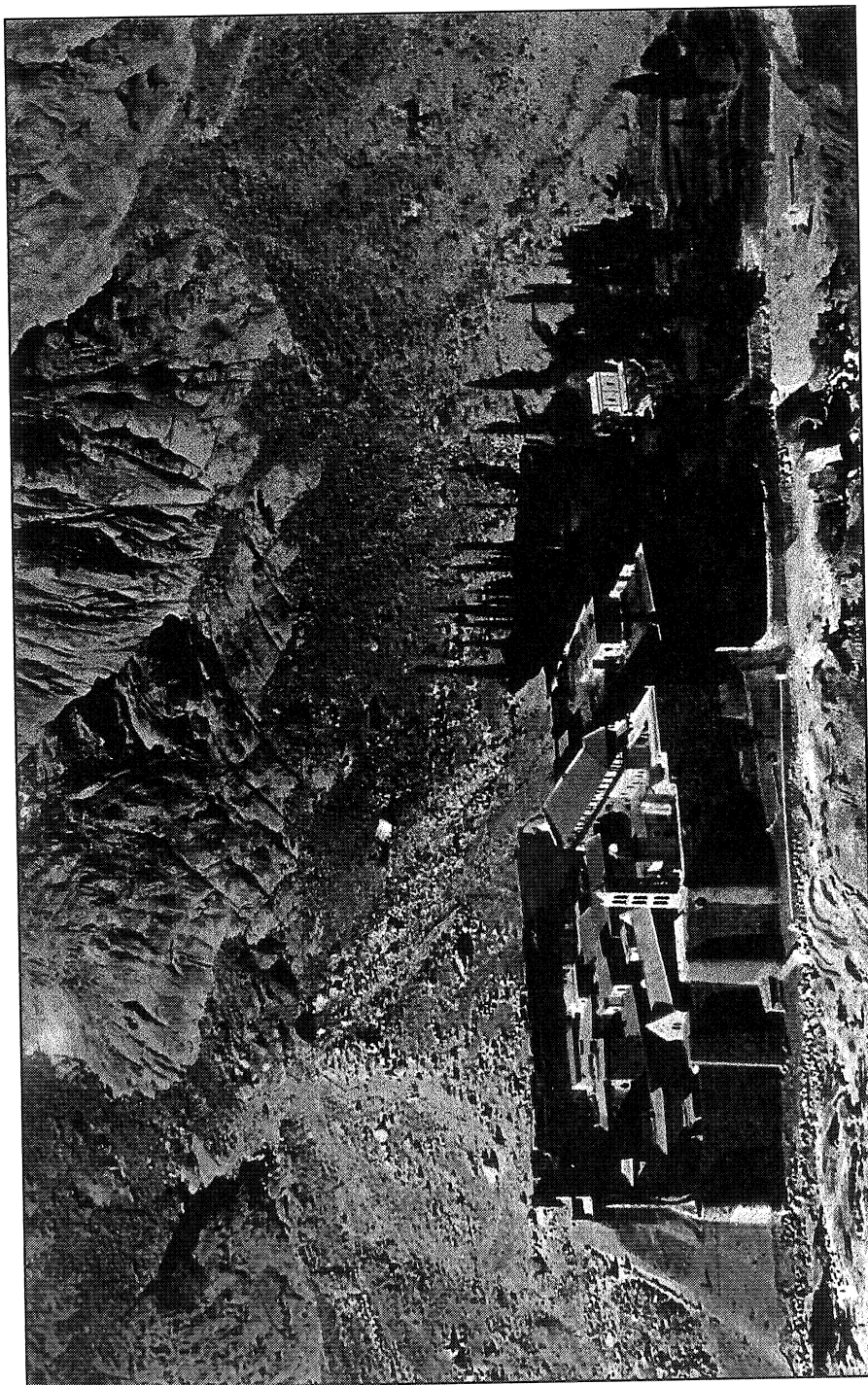


FIGURA 3 Fotografía del monasterio de Santa Catalina, al pie del Horeb, realizada por el padre Ubach

El viaje de Alepo a Bagdad lo hizo ya en coche (un viejo Ford), no en una caravana de camellos, aunque tuviese que regatear de la misma forma. Encuentra un compañero de viaje en un monje sirio de la diócesis de Bagdad, el padre Joan Bakos, y el 25 de septiembre salen de Alepo, y bajan hacia el sur siguiendo las orillas del Éufrates.

Dejemos que el mismo padre Ubach nos cuente algunos retazos de su viaje:

«saliendo de Alepo, en el kilómetro 57 vemos pasar a mano izquierda, y como en una cinta de cine, Deir Hafir, uno de estos pueblos tan característicos de la alta Siria, que aparentan las forma de un grupo de pajares, y son en realidad unas grandes y muy confortables barracas de tierra».

«...Una de estas aldeas, Meskene, la hemos encontrado pocos kilómetros después de llegados a la llanura. El pueblo actual no presenta ningún interés; en cambio, quien se interese por las antigüedades de la Edad Media, a una cierta distancia hacia el sur podrá visitar las importantes ruinas de Eski Meskene (antigua Meskene), conocida entonces con el nombre de Balis o Barbalisos, lugar frecuentado por las caravanas que desde el Mediterráneo se dirigían hacia Iraq».

«...Habíamos recorrido una cincuentena de kilómetros cuando nos encontramos cara a cara con Raqqa. No nos hemos decidido a ir a visitarla, ya que nada queda de la antigua Nikeforion fundada por Alejandro Magno, ni de la Kalinikon de la época romana, y sí un extenso montón de ruinas de la que fue la ciudad árabe del tiempo de los Abásidas. Seguimos pues, adelante sin pararnos»¹¹.

Durante el viaje, cuando no contemplaba el paisaje leía la Biblia. Así nos dice que seguiría haciendo todo el tiempo,

«si no fuera porque, al pasar por Bessire no nos hubiera parado el grandioso espectáculo del Éufrates en el lugar donde recibe la confluencia del Habur, río que es citado dos veces en el segundo libro de los Reyes, y en el primero de los Paralipómenos, cuando nos cuentan que a sus orillas acampó una colonia de esclavos, después de la caída del reino de Israel»¹².

Va bajando lentamente y con frecuentes paradas por la orilla del Éufrates, sacando fotografías. En la sexta jornada de viaje dejan el Éufrates, y esa misma noche llegan a Bagdad. En su diario el padre Ubach hace una extensa disertación sobre Bagdad y sobre cómo se encontraba en el momento en que él la visita, en 1922. Encuentra una población ecléctica pero donde, haciendo honor a su nombre (Dar es-

Salâm, la ciudad de la paz), los diferentes pueblos y razas viven en paz y concordia.

Como huésped de la casa episcopal, su vida quedaba incorporada del todo a la iglesia de rito siríaco. Nos dice,

«Celebraba diariamente la misa en rito siriaco; me retiraba a la celda para dedicarme a mis ocupaciones: decía el breviario, estudiaba las antigüedades clásicas del país, su historia y sus monumentos. Preparaba las excursiones que realizaría más adelante; indagaba los medios de adquirir objetos antiguos para el Museo, y estudiaba el dialecto árabe del Iraq»¹³.

En otro momento nos comenta que ha visto en el río los «kelek», embarcaciones desmontables hechas de vigas y odres inflados, que se trasladan dejándose arrastrar por la corriente. Cuando llegan a su destino no vuelven río arriba sino que se desmontan y se vende a buen precio la madera, difícil de encontrar al sur de Bagdad.

Una de las piezas más valiosas del Museo es un talento babilónico, un peso de calcita negra en forma de pato, del cual también se saben las circunstancias de su adquisición: Bagdad, año 1923. La encontró cuando paseaba sin rumbo por un barrio pobre, distinguiéndola entre las otras piedras que servían de zócalo a una puerta; cuando le rascó la tierra que la tapaba se dio cuenta que era un peso en forma de pato. En su diario está incluso especificado que le dio dos libras a la señora de la casa por la piedra.

También allí tuvo la oportunidad de ser presentado al rey Faisal. Su huésped, el arzobispo Dal.lal, le invita a acompañarle cuando realiza la visita anual que, por su cargo, solía realizar al monarca.

Asimismo el arzobispo le acompañará cuando realice su excursión a Babilonia, aunque lo hiciera principalmente con el objeto de visitar a las comunidades cristianas de la zona. Salieron en enero de 1923, pasando por Akerkuf. Nos dejó escrita su impresión sobre lo que halló en Babilonia:

«...Una serie de montículos, fosas, pequeños valles y campos desolados... es el aspecto general de la superficie de Babilonia. El barrio imperial no ha sido nunca totalmente tapado; los cuatro templos, sin embargo, y los grandes monumentos que se alzaban altivos, casi han desaparecido totalmente. Una parte considerable de este barrio ha visto la luz nuevamente gracias a los constantes trabajos de la comisión alemana... de manera que hoy en día se puede recorrer todo ese trozo, entrando por el monumento más famoso, por la puerta de Ish-

tar, ornada de bajorrelieves; también se ve el toro de Adad y el dragón de Marduk; se puede subir por la vía sacra y contemplar el león de basalto. Una hora después de la puesta del sol habíamos ya vuelto a Hille.»¹⁴

Tras visitar las ruinas de Babilonia hace un peregrinaje a Kiffel, donde se venera el sepulcro del profeta Ezequiel; pasa después por Birs Nimrud, y va a visitar las excavaciones que se están realizando en Ur, la patria de Abrahán. Allí tiene la suerte de encontrarse con el director de las excavaciones, Leonard Woolley, que acababa de descubrir el muro de la ciudad con las inscripciones de Nabucodonosor en los ladrillos, y acababan de dejar a la vista el altar del templo. Contempla también el padre Ubach, extasiado, el zigurat de Ur. Nos comenta:

«Mr. Woolley nos dice que Ur es uno de los lugares más esperanzadores de toda la Mesopotamia, y que, si las excavaciones pueden continuarse durante todo un decenio, la historia más antigua de la humanidad será totalmente rehecha.»¹⁵

En Abril bajaba en barco por el río Tigris y llegaba hasta la Susiana, por las orillas del río Katûn. Sus intentos de llegar hasta Susa son infructuosos, ya que las tribus beduinas de la región estaban en guerra y atacaban a las caravanas. Al no poder conseguir ni permisos ni medios de transporte no tuvo más remedio que volver a Bagdad. Lo hizo por Basora, y aprovechó para visitar de nuevo las ruinas de Ur. Fruto de esta visita será la adquisición de la pequeña colección de fragmentos de cerámica de Ur y el ladrillo con el sello de Nabucodonosor que consiguió para el Museo.

Finalmente,

«en mayo salía de nuevo de Bagdad, con la intención de sumergirme en la parte septentrional de Persia hasta Hamadan, como un mes antes lo había ya hecho para las regiones meridionales hasta la Susiana. Un contratiempo había sin embargo, de pararme al llegar a la frontera, y después de vanos esfuerzos intentando penetrar, cambio el itinerario y, recorriendo los confines meridionales del Kurdistán, llegaba por Kerkûk y Erbil a la ciudad de Nínive. Una excursión de ocho días, a caballo, me permitía visitar los principales monasterios caldeos de los alrededores, el santuario de los Yazidi, o adoradores del diablo, la tumba del profeta Nahum, y, por Nimrud, Xergat y Samarra, volvía a Bagdad».

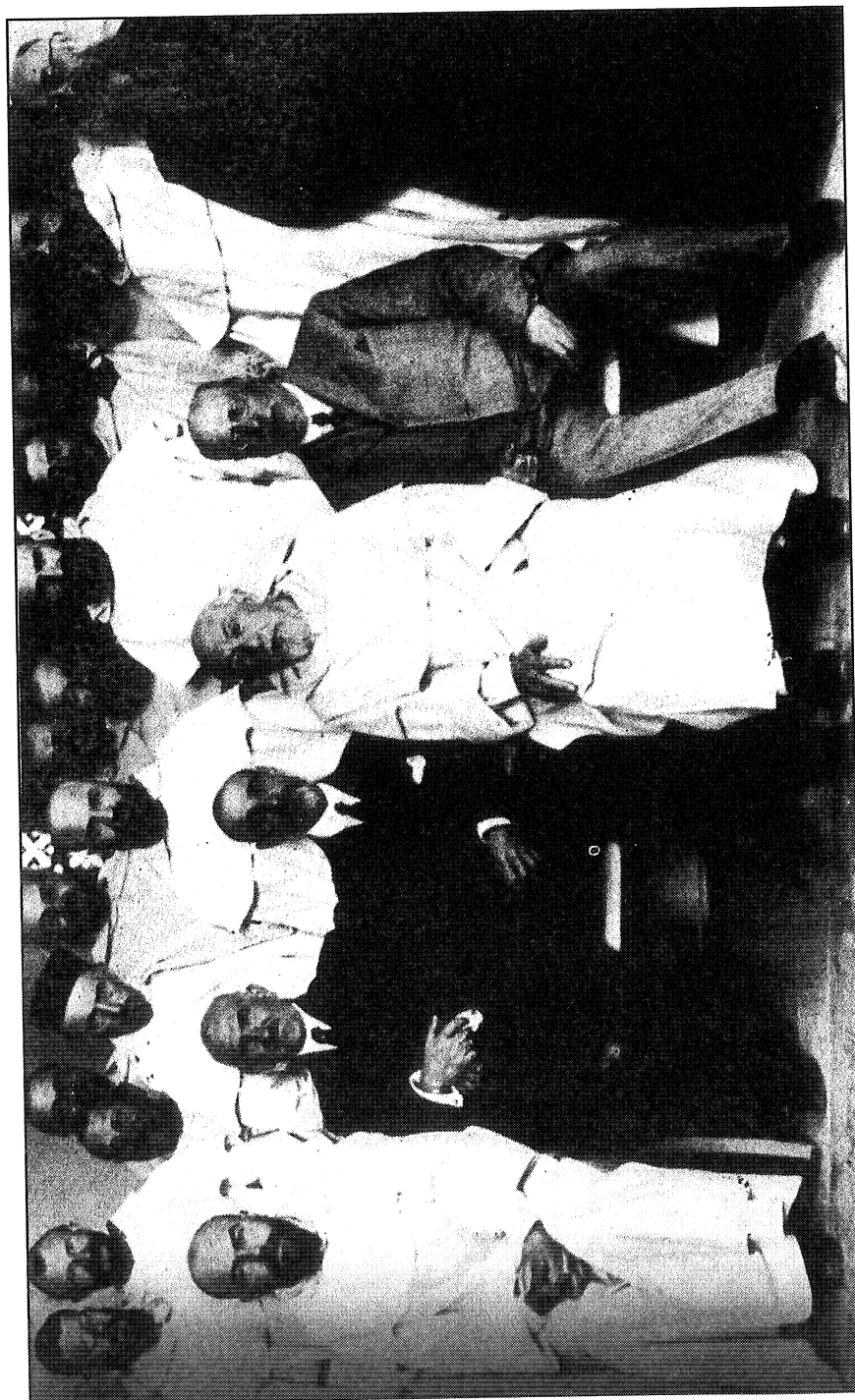


FIGURA 4. La congregación dominica de l'Ecole Biblique de Jerusalén. En primer término, de izquierda a derecha padre Dhorme, cónsul español, Francesc Cambó, padre Lagrange, Sadurni Ximenez, padre Ubach (de negro)

5. Comentario e ilustración de la Biblia

Los años siguientes el padre Ubach los pasó en un intenso trabajo intelectual, ocupado ya de pleno en la traducción y comentario de la Biblia. Dejó su cátedra en Roma y fijó su residencia en Jerusalén. Aún así continuó la obra del museo. Con ese fin viaja a El Cairo en 1927, consiguiendo una colección de objetos egipcios principalmente funerarios, así como una colección de cerámica de Chipre. Y nos consta que en 1946 tenía recogidos más de una cincuentena de objetos, de los cuales da referencia en la obra que recoge monografías dedicadas al abad Marcet, muerto hacía poco, y que trae consigo a Montserrat cuando vuelve definitivamente en 1951.

Por razón de la ilustración de la Biblia todavía haría más excursiones. Entre los años 1928 y 1932 visitó dos veces más el Sinaí, así como el desierto del Negheb, Cades, y otros lugares de la Transjordania. Como ejemplo final sobre su inagotable capacidad para documentar la Biblia, leamos su relato de cómo consiguió las ilustraciones del maná y de Lia, la esposa de Job:

«Disponía yo entonces, al terminar la excursión, de todos los elementos para poder ilustrar el libro del Éxodo?. Yo estaba convencido; aunque, poniéndome a ordenar lámina tras lámina, topo con el capítulo 17 con la delicada cuestión del maná. ¿La pasaré por alto?. ¿La disimularé con un gravado de simple apariencia?. ¡De ninguna manera! ... De aquí que en plena canícula, a primeros de julio de 1932, me encontrase una tercera vez siguiendo y resiguiendo los wadis contiguos al macizo sagrado, cubiertos de tamarindos. Es en esta estación del año, cuando la cochinilla chupa la sabia del árbol, de la cual ésta se va desprendiendo paulatinamente hasta haber conseguido las dimensiones de un guisante consistente; guisante que después se funde por el calor de los rayos del sol rezumando un jarabe delicioso, que se dispersa por las ramas o cae directamente al suelo. Había soportado yo hasta 45 grados y más de calor a la sombra durante el día, y de noche fuertes fiebres; pero, ¿no valía lo suficiente tal pequeña pena, con tal de aportar un material inédito en las cinco láminas que hoy se ostentan en las páginas 93 –101 de la Ilustración del Éxodo?» ...

«¿Veis esta jovencita, fig.1 de la pág. 219?. Ostenta unos ojos enflaquecidos, y representa a Lia, una de las esposas de Jacob, no es verdad?. Dios sabe el tiempo que me dio vueltas en la cabeza semejante tema de ilustración. Durante una larga temporada no hubo excursión, corta o larga que emprendiera, que no la hubiera fijado en mi

programa como objetivo primordial de la cámara fotográfica. ¡Todo en vano! Ya que, al caso especial que yo buscaba se unía aún la manera nada fácil de salvaguardar la susceptibilidad musulmana.

Un caso fortuito, y cuando yo menos me lo pensaba, me abrió el camino para conseguir el preciado objetivo. Esto ocurría, si no me falla la memoria, a mediados de septiembre del año 1928. Llevaba yo por entonces unas ocho jornadas a caballo, registrando todos los rincones de la cuenca del Jaboq, con el propósito de descubrir un montículo, un «tell» que fuera adecuado como lugar para Mahanaim, y uno de sus wadis para el paso de Jacob y de sus rebaños en dirección a Fanuel. Había también recorrido la región megalítica de l'Adjlún; y ya a la vista del villorrio de Kafrindji, camino de regreso, me sorprendió la puesta de sol, y me vi obligado a pernoctar allí; ya que, si bien medio acostumbrado a dormir al despoblado y sobre la tierra dura, hacia falta dar bebida y forraje al animal. ¿A quien dirigirme?. Naturalmente al mukhtar (especie de alcalde) del villorrio. No perdí ni medio minuto en ir a buscarlo; ya que, desde el terrado de su casa había él visto como se acercaba un forastero, y por tanto salía ya a mi encuentro.

Haciendo los salamaleicums a la usanza y entablada la conversación obligada, pronto me di cuenta de que le había caído en cierta gracia, ya que dio orden a un muchacho de sacrificar una pieza de su gallinero para cenar, y preparar la estera y el colchoncito encima del terrado. Matar un pollo y cocerlo de la manera que fuera no se hacía en un santiamén, por lo que había, pues, que esperar. ¡Y lo oscuro que se estaba haciendo!. ¡Y con lo cansado que yo estaba!. Así que, volvamos a la conversación. ¡Y de qué no me habló aquella alma bendita! De sus campos y rebaños, del gobierno mandatario, de las contribuciones que había que pagar, de los lugares importantes y antiguos de la región...; de todo hacía tema de su cháchara. Y aún suerte que no había más luz que la de las estrellas del firmamento, ya que yo iba asintiendo a todo lo que él decía, aprovechando para dejar caer entre frase y frase una cabezadita. Por fin llegó el turno de hablar de la familia.

- Tengo tres hijos y dos hijas, y todos ya bien crecidos.
- Que Alá los bendiga y os los conserve mucho tiempo para vuestro consuelo y compañía mientras vivas en este mundo.
- Ah; No me puedo quejar, la bondad de Alá hacia mi y hacia los míos es muy grande. Todos ellos están bien y trabajan... pero...pero...
¿Qué, pero?

- Es que tengo una de las hijas desde hace algún tiempo enferma de los ojos.
- ¿Quizá no ve bien?
- Si, eso sí, pero los lleva siempre como medio cerrados y, según dice ella, a veces le causan fuertes dolores.

Una picadura de avispa no me habría despertado de mi modorra del mismo modo que lo hizo esta frase del mukhtar. Ya está, - pensé enseguida – ésta es la mia. ¡Aprovechémosla!¹⁶»

La conversación girará entonces en los inescrutables designios de Alá, lo que llevará al mukhtar a pedirle que le ayude a curarla. El padre Ubach le dice que no tiene medicinas pero que puede mirarla y hacerla una foto, que luego enseñará a un oculista de Jerusalén y le enviará después el remedio. El mukhtar se niega una y otra vez pero, con el tesón que le caracteriza, marchará el padre al día siguiente del lugar con la foto de la muchacha en su cámara.

El padre Ubach fue nombrado en 1934 «patrón de los excursionistas», medalla de oro del excursionismo, por el Centre Excursionista de Catalunya. Se ganó, pues, a pulso su sobrenombre: «el geógrafo de la Biblia».

Notas

¹ Al comienzo le ayudaban en la tarea de documentación dos jóvenes sacerdotes, los padres Salvador Obiols, como comentador de San Pablo, y Benet Junqué, como fotógrafo. Desgraciadamente fallecieron tempranamente a causa de una infección contraída durante sus viajes.

² La mayor parte del conocimiento que poseemos actualmente sobre el padre Ubach se lo debemos a la biografía que, dos años después de su muerte, publicaría el padre Romuald Díaz i Carbonell, *Dom Bonaventura Ubach. L'home, el monjo, el bibliista*. De esta obra proceden gran parte de los textos y de las ilustraciones que aquí se citan. Todas las citas que aquí aparecen han sido traducidas del catalán original por la autora. 1: Gentileza del Monasterio de Montserrat; 2 y 3: Ubach 1955; 4: Díaz i Carbonell 1962.

³ Díaz i Carbonell 1962: 41.

⁴ *Ibidem*, p. 47.

⁵ Ubach 1955.

⁶ *Ibidem*, p. 86.

⁷ *Ibidem*, p. 314.

⁸ Díaz i Carbonell 1962:67.

⁹ *Ibidem*, pp. 89-105.

¹⁰ *Ibidem*, p. 92-93.

¹¹ *Ibidem*, p. 95.

¹² *Ibidem*, p. 95.

¹³ *Ibidem*, p. 97.

¹⁴ *Ibidem*, p. 100.

¹⁵ *Ibidem*, p. 101.

¹⁶ Ubach 1948, pp. 40-45.

Bibliografía sobre el padre Ubach y el Museo Bíblico:

- ALBAREDA, A. (1927): El Museu Bíblic de Montserrat. Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans 8, 228-232.
- CAMPS, G. (1979): El Museu Bíblic de Montserrat. Butlletí de l'Associació Bíblica de Catalunya 11, 16-18.
- CAMPS, G. (1998): Egipte en el pensament del P. Bonaventura Ubach. Cuadernos de Egiptología Mizar 3, 9-15.
- COSTA, V. S. (1940) La Biblia de Montserrat. Ciencia Tomista 39, 291-299.
- DÍAZ I CARBONELL, R. (1962): Dom Bonaventura Ubach. L'home, el monjo, el biblista. Biblioteca Biogràfica Catalana 34, Aedos, Barcelona.
- DÍAZ I CARBONELL, R. (1991): La recuperació dels segells-cilindres i de les tauletes cuneïformes del Museu Bíblic. Montserrat Butlletí del Santuari 31, 29-32.
- DÍAZ I CARBONELL, R. (1997): Origen y vicisitudes históricas de la colección de textos cuneiformes del Museo de Montserrat. Aula Orientalis (Fs. P. G. Camps) 15, 11-20.
- POUS, P. (1921): El Museu Bíblico de Montserrat. Reseña Eclesiástica 13, 260-261.
- RIBERA, R. (1979): El Museu Bíblico. Montserrat.
- SCRIPTORIUM BIBLICUM DE MONTSERRAT (1943): Una visita al Museu Bíblic. Scripta Musaei Biblici Montisserrati 9, Montserrat.
- UBACH, P. (1935): Per les vores de l'Euftrat. Butlletí del Centre Excursionista de Catalunya 45, 232-239 + 265-276.
- UBACH, P. (1948): Memorabilia. Memorial Marcet, d'estudis de catalogació del Museu, Scripta Musaei Biblici Montisserrati 12, Montserrat (mecanografiado), pp. 36-49.
- UBACH, P. (1955): El Sinaí. Viatge per l'Aràbia Pètria cercant les petjades d'Israel. Abadía de Montserrat, Barcelona.
- UBACH, P. (.....): Dietari de viatge per les terres de l'Iraq: 30 de juny de 1922 - 4 de novembre de 1923. Inédito hasta el presente.
- UBACH, P. (Dedicado a) (1954): Miscellanea Bíblica B. Ubach. Montserrat.
- VILLALBA, M. (1961): El Museu Bíblic de Montserrat, obra del Pare Ubach. Mnemosynon Ubach. Scripta Musaei Biblici Montisserrati 23, Montserrat (mecanografiado), pp. 13-22.